

Mientras el Churiador contó su historia, Flor de María permaneció distraída, absorta y silenciosa. Rodolfo le había escuchado con aire pensativo.

Un accidente trágico recordó por fin á los tres el lugar en que se hallaban.

V

LA PRISIÓN

El hombre que poco antes había salido después de haber encargado á la figonera su plato y su jarro, volvió á entrar acompañado de otro hombre de espaldas anchas y ademán enérgico, á quien dijo :

— Feliz casualidad, amigo, la de habernos encontrado : entra y echaremos un trago.

El Churiador dijo en voz baja á Rodolfo y á la Cantaora :

— Vamos á tener jarana... es un agente de policía. ¡ Alerta !

Los dos bandidos, uno de los cuales tenía el gorro griego calado hasta las cejas y había preguntado por el Maestro de Escuela y por el Cojo Gordo, cambiaron una mirada rápida, y levantándose á un mismo tiempo de la mesa se dirigieron hacia la puerta ; pero los agentes les cortaron el paso arrojándose sobre ellos.

Abrióse de repente la puerta de la taberna, entraron con precipitación en la sala otros agentes, y relumbraron en la calle algunos fusiles.

El carbonero de quien hemos hablado, se adelantó hasta el umbral del Conejo Blanco aprovechándose del tumulto, dirigió á Rodolfo una mirada y llevó á los labios el índice de la mano derecha.

Rodolfo le indicó con un gesto rápido é imperioso que se alejase.

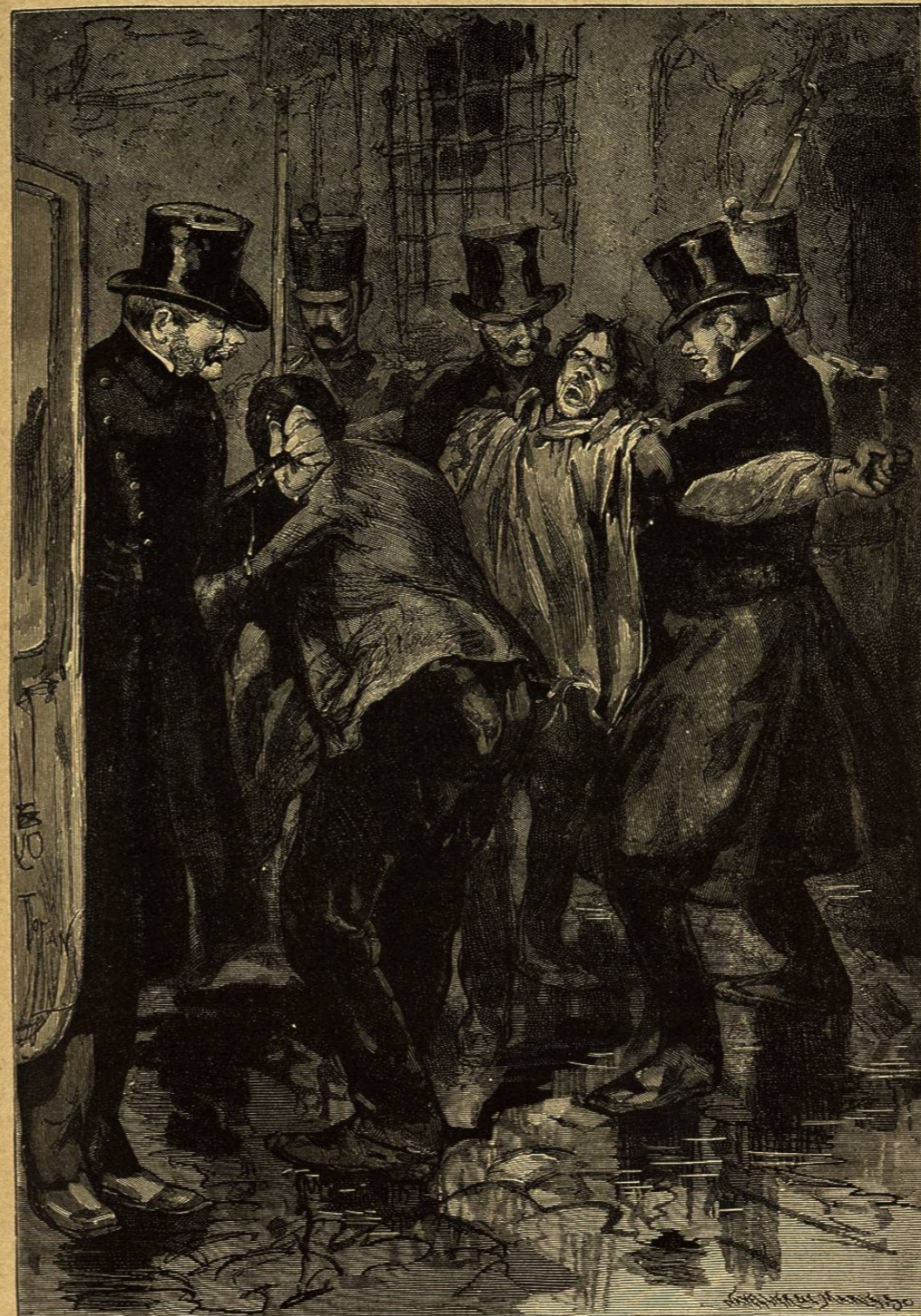
El hombre del gorro griego bramaba como un león, y medio tendido sobre un banco daba tales respingos que apenas podían sujetarlo otros tres hombres.

Su compañero, aterrado, inclinada la cabeza, lívido el semblante y con la mandíbula inferior abierta, y convulsa, no hizo la menor resistencia y presentó las manos para que le atasen.

La tabernera, sentada en el mostrador y acostumbrada á tales escenas, permaneció tranquila con las manos en los bolsillos del mandil.

— ¿ Qué han hecho esos hombres, mi querido señor Narciso ? — preguntó la Pelona á uno de los agentes á quien conocía.

— Asesinaron ayer á una vieja para robarla en la calle de San Cristóbal. Antes de morir declaró la infeliz que había mordido la mano de uno de los asesinos. Hace tiempo que seguimos la pista de estos bribones, y como mi compañero se informó cumplidamente de su identidad, hemos entrado á prenderlos.



Abrióse de repente la puerta...

— Gracias á que han pagado ya su azumbre, que si no... — dijo la figonera.

— ¿Queréis tomar alguna cosa, señor Narciso? una copita; vamos...

— Gracias, tía Pelona : es preciso asegurar á estos pícaros. ¡ Mira cómo se retuerce el asesino !

En efecto, el ladrón del gorro griego espumaba y retorcia los miembros con increíble furor; y cuando llegó el momento de ponerlo en un coche que aguardaba á la puerta á prevención, se defendió de tal manera que fué preciso conducirlo en brazos.

Su cómplice apenas podía sostenerse : temblaba como un azogado, y sus labios cárdenos y entreabiertos se movían como si estuviese hablando. Echaron también en el coche esta masa inerte.

Antes de salir de la taberna miró el agente con atención á los demás huéspedes, y dijo al Churiador con un tono casi afectuoso :

— ¿ También estás por aquí, perillán? hace tiempo que no se habla de ti. Te vas dejando de quimeras ; eh !

— Estoy hecho un santo : ya sabéis que sólo rompo la cabeza al que lo solicita.

— Sólo faltaría que te metieses también á provocar á nadie con esos puños de hierro.

— Aquí está mi maestro de puños, — dijo el Churiador tocando el hombro de Rodolfo.

— ¡ Hola! no conozco á ese, — dijo el agente mirando á Rodolfo.

— Ni creo que haya motivo para que nos conozcamos.

— Así sea para vuestro bien, — dijo el agente; y dirigiéndose luego á la tabernera continuó : Buenas noches, tía Pelona : es una ratonera vuestra taberna; con este van ya tres asesinos cogidos en ella.

— Y espero que no será el último, señor Narciso : siempre estará á vuestra disposición, — dijo con toda su gracia la Pelona haciendo una reverente cortesía.

Luego que salió el agente volvió á cargar su pipa el joven de rostro grave que fumaba y bebía aguardiente, y dijo al Churiador en tono socarrón :

— ¿ No has conocido al del gorro griego ? es el tío Tenaza. Cuando vi entrar á los agentes dije para mi sayo : aquí hay gato encerrado. ¿ No habías notado cómo escondía la mano izquierda el tío Tenaza ?

— De buena se han librado el Maestro de Escuela y el Cojo Gordo con no estar aquí, — dijo la figonera. — El del gorro griego preguntó por ellos tres veces, y dió á entender que era para un negocio en que tenían que ver todos... Pero yo no vendo nunca á mis parroquianos. Está bien que los prendan si hay motivo... á cada cual lo suyo... ¿ Pero yo ? ; Dios me libre ! con su pan se lo coman, — dijo la tía Pelona á tiempo que entraban en la taberna un hombre y una mujer; y al verlos añadió : — Justamente, allí viene el Maestro de Escuela

con su *peneuria*¹. ¡ Jesús! Razón tenía para no sacarla á luz... ¡ que hocico de bruja tiene!

Al oír el nombre del Maestro de Escuela circuló un movimiento de terror por todos los huéspedes del Conejo Blanco.

El mismo Rodolfo, á pesar de su natural intrepidez, no pudo contener una ligera emoción al ver al terrible bandido, y le miró por algunos instantes con una curiosidad mezclada de horror.

El Churiador había dicho verdad, pues el Maestro de Escuela estaba espantosamente mutilado. Nada más horrible que el rostro de aquel hombre, surcado en todas direcciones por cicatrices lívidas y profundas. La acción corrosiva del vitriolo había abultado monstruosamente sus labios, y cortados los cartilagos de la nariz dejaban ver dos agujeros disformes. Los ojos pardos y muy claros, pequeños y redondos, brillaban con ferocidad: la frente, chata como la de un tigre, desaparecía casi enteramente bajo un gorro de piel y su pelo largo y erizado... parecía la melena de un monstruo.

La estatura del Maestro de Escuela no pasaba de cinco pies y dos ó tres pulgadas; su cabeza desmesuradamente grande salía apenas de entre dos hombros anchos y carnosos, cuya forma se distinguía bajo los pliegues de una blusa de tela cruda y grosera. Los brazos eran largos y musculosos; las manos cortas, gordas y velludas hasta el extremo de los dedos, y las piernas algo arqueadas y con enormes pantorillas, que indicaban su fuerza atlética. Finalmente, eran las formas de este hombre una exageración del tipo corto, doble y rechoncho del Hércules Farnesio. La expresión feroz de su máscara espantosa, su mirar inquieto, variable y fogoso como el de una bestia salvaje, eran tales que no admiten descripción.

La mujer que acompañaba al Maestro de Escuela era vieja: llevaba un vestido obscuro, un chal de fondo negro y cuadros encarnados, y en la cabeza una especie de papalina ó cofia blanca.

Rodolfo la veía de perfil; pero el ojo verde, la nariz de gancho, los labios delgados y hundidos, la barba saliente y una fisonomía maliciosa y astuta, le recordaron involuntariamente la horrible vieja de quien había sido víctima Flor de María.

Después de haber dicho algunas palabras en voz baja á Barbillón, el Maestro de Escuela se acercó lentamente á la mesa que ocupaban Rodolfo y el Churiador, y dirigiéndose á Flor de María la dijo con voz ronca y escabrosa:

— Oyés tú, saladita, á ver como dejas á ese par de golondrinos y te vienes conmigo...

¹ Mujer.

La Cantaora no respondió una sola palabra: se estrechó contra Rodolfo, y su temblor y el sonido de sus dientes indicaban el espanto que se había apoderado de la débil criatura.



El Maestro de Escuela y la Lechuza.

— Yo prometo no tener celos de mi querido tortolillo, — dijo la Lechuza soltando una carcajada.

No había conocido aún á su víctima, la Chillon de otro tiempo.

— ¿ Me has oído, tú, palomita? — dijo el monstruo acercándose á la mesa: — si no te meneas pronto te sacaré un ojo para que hagas pareja con la Lechuza. Y tú, el de los mostachos... (dirigiéndose á Rodolfo), si no me echas acá ese pimpollo por encima de la mesa, te daré los postres de la cena...

— ¡ Dios mío! ¡ misericordia! ¡ defendedme! — gritó la Cantaora á Rodolfo, juntando las manos con un movimiento de angustia y de asombro. Mas creyendo luego que lo exponía á un gran peligro, añadió en voz baja. — No, no os mováis, señor Rodolfo; si se acerca, yo gritaré y pediré socorro, y la tía Pelona tomará también nuestro partido por temor de que acuda la policia.

— No temas, hija mía, — dijo Rodolfo mirando friamente al Maestro de Escuela. — Estás á mi lado, estás segura; y como te da asco la cara odiosa de ese bribón y á mí también, verás cómo le echo á la calle.

— ¡ Tú!... — dijo el Maestro de Escuela.

— ¡ Yo!... — respondió Rodolfo, levantándose de la mesa, á pesar de los esfuerzos de la Cantaora para contenerlo.

La fisonomía de Rodolfo tomó en aquel momento un aire tan firme y amenazador, que el Maestro de Escuela dió un paso hacia atrás, desmintiendo por primera vez su audacia invencible. Hay miradas que tienen un poder mágico irresistible; y por eso dicen que algunos duelistas célebres deben su triunfo á esta virtud fascinadora que desmoraliza y aterra á sus adversarios.

El Maestro de Escuela dió otro paso atrás, y no confiando ya en su vigor prodigioso, buscó bajo la blusa el puñal que llevaba siempre consigo.

Un homicidio hubiera ensangrentado acaso la taberna del Conejo Blanco, si la Lechuza cogiendo en aquel momento el brazo del Maestro de Escuela, no hubiera gritado:

— Aguarda... espera, palomo mío... Escucha una palabra... mira, deja que ya te comerás á esos dos palominos... no se escaparán, no...

El Maestro de Escuela miró á la tuerta con asombro.

Hacia algunos minutos que la horrible vieja observaba con atención á Flor de María, como para recordar un objeto olvidado; y no quedándole por último la menor duda, reconoció en la joven que tenía delante á su antigua víctima la Chillona.

— ¡ Podré creer á mis ojos! — gritó la tuerta asombrada. — Es la misma... La Chillona; la ladrona de mis buñuelos. Pero ¿ de dónde sales tú, mala correa? sin duda el diablo te me pone delante, — añadió enseñando el puño cerrado á la tímida criatura. — Con que siempre has de venir á caer en mis uñas ¡ eh! No tengas cuidado que yo te arrancaré los dientes uno á uno, y no te dejaré una sola lágrima en el cuerpo. Ya sé que vas á rabiarse... pero mira; no sabes lo que hay, ¡ eh! Yo conozco á los que te criaron antes de venir á mi poder. El Maestro de Escuela conoció en presidio al hombre que te llevó á mi desván cuando eras

pequeñita: tiene pruebas de que es gente *granida*¹ la que te ha criado.

— ¡ Mis padres!... ¡ Dios mío!... ¿ Conocéis á mis padres? — exclamó la Cantaora.

— Nunca lo sabrás de mi boca; es un secreto de los dos, y antes arrancaría la lengua á mi palomo que consentir en que te lo dijese... Anda, llora... llora y rabia, Chillona, que nunca lo sabrás.

— ¡ Dios mío! ahora... después de esto no conocer á mis padres...

Mientras hablaba la Lechuza fué recobrando alguna serenidad el Maestro de Escuela, y mirando á Rodolfo de soslayo no podía convencerse de que un hombre de estatura tan mediana y de formas tan esbeltas, fuese capaz de medir con él sus fuerzas. Seguro pues de su vigor hercúleo se acercó al defensor de la Cantaora, y dijo á la Lechuza con tono y ademán severo:

— Basta de charla. Dejarme ahora despabilar á ese mozalvete para que la linda rubia me tenga por mejor mozo que él.

Rodolfo saltó de un bote por encima de la mesa.

— ¡ Cuidado con mis platos! — gritó la Pelona.

El Maestro de Escuela se puso en defensa con las manos adelante, el cuerpo inclinado hacia atrás doblando la cintura y apuntalado en una de sus enormes piernas, que parecía un poste de piedra.

Abrióse con violencia la puerta de la taberna en el momento en que Rodolfo se arrojaba sobre él. El carbonero de quien hemos hablado y que tenía casi seis pies de alto, se precipitó en la sala, apartó rudamente al Maestro de Escuela y acercándose á Rodolfo le dijo al oído en alemán:

— Monseñor, la Condesa y su hermano... están en la esquina.

Hizo Rodolfo un movimiento de impaciencia y de cólera al oír estas palabras, echó un luis de oro sobre el tablero de la Pelona, y corrió hacia la puerta.

El Maestro de Escuela intentó cortarle el paso; pero volviéndose á él Rodolfo le descargó con tal fuerza en la cara dos ó tres puñetazos, que el bandido perdió el equilibrio y cayó de lado sobre un banco.

— ¡ Viva la patria!!! ahí están... esos, esos son los puñetazos que me dió por remate de fiesta, — gritó el Churiador. — Con otra lección como ésta quedo hecho un profesor.

Volvió en sí el Maestro de Escuela al cabo de algunos instantes, y se arrojó á la calle en persecución de Rodolfo; pero éste había desaparecido ya con el carbonero en el obscuro laberinto de las calles de la Cité.

— Cuando volvió á entrar el Maestro de Escuela echandos espumarajos por la boca, corrían dos hombres hacia la taberna por el camino opuesto al que

¹ Rica.

llevaba Rodolfo, y se precipitaron en el Conejo Blanco, tan agitados como si hubiesen dado una larga carrera.

Su primer impulso fué mirar á todos los ángulos de la sala.

— ¡ Fuerte desgracia! — dijo uno de ellos; — ha salido ya... Otra vez hemos errado el golpe.

Los dos recién venidos hablaban en inglés.

La Cantaora, aterrada por el encuentro con la Lechuza y temiendo las amenazas del Maestro de Escuela, se aprovechó del tumulto y de la sorpresa causada por la aparición de los dos nuevos huéspedes, y salió de la taberna deslizándose por la puerta entreabierta.

VI

TOMÁS SEYTON Y LA CONDESA SARA

Las dos personas que acababan de entrar en el Conejo Blanco no pertenecían á la clase de los parroquianos de la taberna. Uno de ellos era alto y delgado, tenía el pelo blanco, cejas y patillas negras, la tez morena y el aspecto grave. Llevaba una levita larga abotonada militarmente hasta el cuello. Su nombre era Tomás Seyton.

Su compañero era de buena presencia y parecía tener unos treinta y tres ó treinta y cuatro años; el cabello, las cejas y los ojos negros realzaban la pálida blancura de su semblante; y en su ademán, en lo bajo de su estatura y en lo delicado de sus facciones era fácil reconocer á una mujer disfrazada de hombre.

Era la condesa Sara Mac Gregor. El lector sabrá más adelante los motivos que llevaron á la Condesa y su hermano á la taberna de la Cité.

— Tomás, pide de beber y pregunta por *el* á esas gentes, que acaso nos dirán algo, — dijo Sarah en buen inglés.

El hombre cano y de cejas negras se sentó á una mesa mientras que Sara se enjugaba la frente, y dijo á la Pelona en buen francés:

— Señora, haced que nos sirvan algo de beber.

La entrada de estas dos personas en la taberna había excitado la curiosidad de todos: su traje y sus modales indicaban que eran del todo extraños en aquel sitio, y en su fisonomía inquieta y turbada se veía que algún motivo importante les había conducido á él.

El Churiador, el Maestro de Escuela y la Lechuza los observaban con extraordinaria curiosidad.

Tomás Seyton dijo por segunda vez y con impaciencia á la Pelona, que llena de sorpresa participaba también de la admiración general:

— Señora, hemos pedido algo que beber: tened la bondad de servirnos.

Muy hueca la tabernera al oír tan cortés y para ella desusado lenguaje, salió del mostrador, y apoyándose con afabilidad en la mesa de sus nuevos parroquianos, les preguntó:

— ¿Queréis una azumbre de vino, ó una botella lacrada.

— Traednos una botella de vino, vasos y agua.

— Sirvió al punto la tabernera lo que la habían pedido; Tomás Seyton la dió un napoleón, y rehusando tomar el cambio que le devolvía, la dijo:

— Guardadlo, buena amiga, y echad con nosotros un trago de vino.

— Muchas gracias, caballero, — respondió la tía Pelona mirando al hermano de la Condesa con un aire lleno de gratitud y admiración.

— Habíamos citado á un amigo — dijo Seyton — para una taberna de esta calle, y creo que nos hemos engañado.

— Este es el *Conejo Blanco* para lo que gustéis mandar, caballero.

— Pues no hay duda que es aquí, — dijo Seyton haciendo á Sara una seña de inteligencia. — Sí, en el Conejo Blanco es en donde debía esperarnos...

— Y por cierto que no hay dos *Conejos Blancos* — dijo con orgullo la Pelona. — Pero decidme ¿qué señas tiene vuestro camarada?

— Alto y delgado, cabello y bigote castaño claro, — dijo Seyton.

— Ya, ya caigo: es el mismo que estaba aquí hace un momento... Un carbonero muy alto entró á decirle no sé qué, y se marcharon juntos.

— Pues á los dos buscamos precisamente — dijo Seyton.

— ¿Estaban solos? — preguntó Sara.

— Distingo; el carbonero solo estuvo aquí un instante; pero el otro amigo vuestro ha cenado con la Cantaora y el Churiador; — y señaló con una mirada al convidado de Rodolfo, que permanecía aún en la taberna.

Tomás y Sara se volvieron hacia el Churiador, y después de algunos momentos de examen dijo Sara en inglés á su compañero:

— ¿Conoces á ese hombre?

— No. Carlos había perdido la pista de Rodolfo al entrar en estas calles del infierno, y viendo á Murph rondar la taberna disfrazado de carbonero y mirar á cada paso por los vidrios, creyó que había alguna novedad y fué al punto á avisarnos... Pero Murph lo echó de ver sin duda.

Mientras pasaba esta conversación en voz baja y lengua extranjera, el Maestro de Escuela dijo á la Lechuza mirando á Tomás y Sara:

— El *mandria* ha largado una *moa de mina menor*¹ á la Pelona. Lluve, y el viento sopla que rabia: cuando se *najen*² les echaremos el guante; yo *agafaré*

¹ El simple ha dado una moneda de plata.

² Marchen.